



VIGILIA PASCUAL

Queridos hermanos

Ayer escuchábamos cómo el Evangelio de Juan narraba el momento culminante del proceso en el Pretorio: *Pilatos dijo “Entonces, ¿tú eres rey? Jesús le contestó: “Tú lo dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz. Pilatos le dijo: “Y ¿qué es la verdad?”.*

Un mundo cerrado en el propio horizonte –el César–, al que sólo le parecen significativos sus propios intereses y, por ello, el dominio de las fuerzas en juego y las posibilidades de enriquecimiento, considera irrelevante, no tiene cabida para la pregunta, para el atestiguar de la verdad sobre la persona –la cual, como tal, no le preocupa– ni, por tanto, tampoco sobre Dios.

También nosotros escuchamos hoy la misma pregunta de Pilatos: ¿Qué importamos nosotros al mundo, nuestro destino, nuestra verdad en el horizonte de los grandes proyectos y construcciones políticas? Más aún, ¿qué importa cada uno de nosotros en el gran mecanismo de la naturaleza?

En realidad, no podemos aceptar que nuestra persona, el interés de nuestra alma, el bien de nuestra vida es insignificante a la hora de existir en el mundo, de ir haciendo la historia. Más bien, al revés, ¿no es la verdad de nuestra alma el bien verdadero, sin el cual se distorsiona el mundo?

Percibimos la puesta en cuestión de nuestras personas, del significado de nuestra existencia, que el mundo no nos puede dar. Mientras que nos lo recuerda la mirada de los seres queridos sobre nosotros, y recíprocamente la dignidad profunda que nosotros les reconocemos a ellos en cualquier circunstancia –en cualquier dolor–, nuestra afirmación apasionada de su bien y de su vida. Todo ello parece encontrar, sin embargo, un límite insuperable en la muerte: en la frontera de un mundo separado de Dios.

¿La muerte ha de extender su oscuridad sobre todas las cosas, sobre el mundo, dejándonos a cada uno como en segundo plano, olvidados rápidamente en el cambio de los tiempos, como si fuésemos insustanciales? ¿Ha de cubrirse de silencio el destino de las personas, aun cuando nuestro corazón se rebela, no pueda acomodarse a ello?

La resurrección del Señor se comprende en primer lugar personalmente: Jesús, de quien Pilatos había dicho *he aquí el hombre*, no viendo para nada la verdad de sus palabras; Jesús, que su Madre había visto morir en la cruz, aquel en quien sus discípulos habían confiado; Jesús por quien lloraba aún María Magdalena, ha resucitado glorioso de entre los muertos.

Antes incluso de pensar en su gloria, en la vida nueva y eterna, en las puertas del Reino de los Cielos que se abren, percibimos el hecho primero: ¡ha resucitado Jesús, mi amor y mi esperanza! Y la luz llena el corazón para siempre. El mundo entero, todas las mentiras de la historia, todos los dolores y las amenazas de la muerte, ya no pueden sepultarlo; ya no pueden sepultarnos.

Lo más íntimo, lo más verdadero, lo más personal –su Corazón– se ha mostrado como lo más relevante, lo más definitivo de la historia, la salvación del mundo.

No ponemos ya nuestras esperanzas en los bienes que ofrece el mundo; al revés, llevamos nosotros la esperanza, que brilla en nuestros corazones, allí donde no se encontraba, y hacemos presente una compañía vencedora de la muerte allí donde reinaría la soledad, donde no se pronunciarían nuestros nombres de verdad, donde no éramos esperados.

Jesús ha resucitado. Y con Él las promesas del corazón, la certeza de Dios nuestro Padre y de una vida verdadera y eterna, hecha de amor, de entrega, de compañía plena.

En su resurrección brilla su rostro, y en el suyo el de nuestros seres queridos, nuestros padres y madres, esposos, hijas e hijos, amigos, tantos, y, por eso, todos, los que hacemos juntos la historia desde Adán y Eva.

En su resurrección Jesús ilumina nuestros corazones, quita nuestras soledades, abre nuestro futuro. No miraremos ya el mundo sin Él, como si la verdad, la dignidad de las personas no fuese factor relevante en la vida, como si el amor al prójimo pudiese ser cosa privada, como si pudiésemos aceptar que todo fuese oscurecido otra vez por el velo de la muerte.



Cristo ha resucitado, nuestro amor y nuestra esperanza. Nos hemos unido a Él pasando de la muerte a la vida en el bautismo. Lo celebraremos en el gran sacramento de la Eucaristía, haciendo memoria de Él todos los días, todos los domingos, la Pascua de todos los años. Nuestra oración será mañana y tarde el *Padre nuestro*. Cantaremos siempre nuestra alegría, ¡*Aleluya!*

A la luz de su presencia miraremos el mundo, los unos a los otros. Y haremos presente a todos nuestra esperanza, nuestras certezas, la Palabra y el Amor que esperan todas las gentes: la Palabra de la vida, que se ha hecho carne definitivamente y la ha vivificado para siempre.

+Alfonso,
Obispo de Lugo